

“Triángulos entre los escombros: El Ave Fénix (surge) de las cenizas”

Simon Marlow

Justo antes de Navidad, mi esposa y yo asistimos a una maravillosa representación del famoso Oratorio de Haendel, *El Mesías*. Hacemos esto casi todos los años y siempre nos inspira la música sublime: las diversas arias y famosos pasajes corales, como el Coro del Aleluya.

Pero este año estábamos sentados en asientos muy cerca en la parte delantera del auditorio, lo que nos permitió prestar especial atención a las palabras del libreto. Este fue compilado por un colega de Haendel llamado Charles Jennens. Extrajo varios pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento de la Biblia cristiana y los combinó en una formidable declaración sobre la venida de Cristo. Por supuesto, estos textos y su adaptación por parte de Handel deben ubicarse en el contexto de un período profundamente devoto de la evolución del cristianismo. Sin embargo, las verdades que encarnan y señalan son atemporales y pueden aplicarse a la mayoría de los períodos históricos y, especialmente, a nuestro tumultuoso tiempo. Escuchamos palabras como “Pero, ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Y quién se mantendrá en pie cuando Él aparezca? Porque Él es como fuego purificador”. Y “Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos se destaparán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y la lengua del mudo cantará”. Y escuchamos al bajo solista cantar “¿Por qué las naciones se amotan con tanta furia? ¿Y por qué los pueblos imaginan cosas vanas? Se levantan los reyes de la tierra, y los gobernantes conspiran juntos contra el Señor y contra su ungido”. Posteriormente escuchamos también al bajo cantar “He aquí, os digo un misterio; No todos dormiremos, pero todos seremos transformados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos”.

Podemos obtener una perspectiva más global de esto al reconocer que la revelación de un maestro mundial venidero está bellamente presente en las Escrituras de varias religiones del mundo. Por ejemplo, está el famoso pasaje del Bhagavad Gita, que resuena con una nota similar. Es el extracto citado por el Tibetano al comienzo de su libro sobre la Reaparición de Cristo: “Siempre que haya un debilitamiento de la ley y un surgimiento de la ilegalidad por todas partes, entonces Yo Me manifiesto. Para la salvación de los justos y la destrucción de los que hacen el mal, para el firme establecimiento de la Ley, Yo nazco edad tras edad”.

En nuestros caóticos tiempos tal vez podamos exagerar y dramatizar cuan mala es la situación mundial. Pero ¿quién puede dudar hoy de la gravedad de las crisis que enfrenta la humanidad y que –recordémoslo– en gran medida ella misma ha provocado? De hecho, ese profundo pensador, Iain McGilchrist, y estoy seguro, muchos otros, ha denominado lo que todos enfrentamos como una “metacrisis”. Estamos siendo desafiados en todos los frentes. La política parece estar sumida en un caos introspectivo y egoísta. Malévolos líderes y aspirantes a líderes, que claramente no se preocupan por el bien común, están provocando nacionalismos y odios étnicos resurgentes. Asistimos a la aparición de nuevos dictadores despiadadamente crueles.

Financieramente, el mundo está navegando hacia un desastre en una economía sumisa de crecimiento perpetuo del consumo, que nuestro mundo finito simplemente no puede sostener. El estado del medio ambiente natural es motivo de gran preocupación, aunque deberíamos alegrarnos de que ahora se esté haciendo bastante para resolver este problema en particular. Luego hay grandes conflictos en diversas partes del mundo donde los líderes persiguen sus objetivos militarmente, porque creen que pueden salirse con la suya con impunidad. Y la razón de esto es la ruptura en las comunicaciones y relaciones diplomáticas entre las principales potencias y la falta de apoyo moral y financiero a las Naciones Unidas como fuerzas de paz, un papel que cumplieron con gran éxito al ayudar a resolver conflictos anteriores del siglo XX. Este aspecto del mandato de la ONU se necesita desesperadamente ahora en muchos lugares: Israel/Gaza, Yemen, Ucrania/Rusia, Sudán, etc.

La realidad es que los cimientos mismos de nuestras sociedades e instituciones en todo el mundo están siendo cuestionados y sacudidos, y con razón. Están siendo examinados ante el tribunal de la verdad y la justicia. Se les evalúa en cuanto a los valores que los motivan. ¿Son los valores de la personalidad, del egoísmo materialista, o son los valores del alma los que predominan? Estos son, por supuesto, los valores de la compasión, del amor desinteresado, de la capacidad de sacrificarse por el bien del conjunto.

Todos podemos desanimarnos al ver las mentiras, las crueldades, la falta de compasión, en particular, el uso de máquinas de guerra altamente mecanizadas y digitalizadas para imponer soluciones egoístas a difíciles disputas nacionales e internacionales.

Pero si abrimos los ojos, también podremos ver personas que encarnan los valores del alma trabajando incansablemente (en gran medida sin que se sepa) por aportar soluciones creativas a todos los problemas de la humanidad. Este es un maravilloso testimonio del hecho de que dondequiera que haya un problema, el amor del alma humana trabajará para proporcionar una curación genuina y duradera. En todas partes la gente anhela la verdad, anhela simplemente poder confiar nuevamente el uno en el otro. Reconocemos las necesidades básicas de las personas de un entorno seguro en el cual criar a sus hijos y de cosas simples pero esenciales como un suministro de agua seguro y alimentos de calidad. Sabemos y podemos sentirnos alentados por el hecho de que millones de personas se están uniendo en todo el mundo para hacer todas estas cosas posibles, para remediar la injusticia, para cuidar el medio ambiente, para educar a nuestros niños en un mundo de belleza y asombro ante la maravilla del increíble universo en el que todos vivimos, para reconocer nuevamente la belleza que puede ser evocada en el centro de todas las formas creadas.

Sabemos que si las formas se cristalizan y dejan de ser portadoras de la realidad y la energía del alma, entonces estas formas se deterioran y mueren. Gran parte de las estructuras mundiales actuales entran en esta categoría. Pero, aunque difícil, esta muerte es, en última instancia, benévola. Sucede para que puedan nacer y desarrollarse nuevas y mejores estructuras que llevarán y transmitirán al mundo las energías del alma de una civilización recién encarnada, basada más en los valores espirituales eternos que todos conocemos, apreciamos y determinamos encarnar en nuestro diario vivir.

La pregunta que todos debemos enfrentar es cómo aceptar esta realidad dual. Alguien escribió recientemente a la Escuela Arcana y lo expresó de manera muy hermosa. Dijo: "Necesitamos ver lo que está naciendo y no lo que está muriendo".

Todas estas perturbaciones pueden compararse a los terremotos. Y estos son acontecimientos no sólo en el plano físico, sino también mental y emocional. Por ejemplo, las placas tectónicas de la mente, las formas mentales que la humanidad consideraba ser seguras y estables y que nos llevarían a todos hacia un futuro mejor, se han fracturado y han sido expuestas como falsas. Aquí hay dos ejemplos: en primer lugar, el concepto de una economía en perpetuo crecimiento que mencioné anteriormente; en segundo lugar, la inviolabilidad del Estado nación con fronteras nacionales preservadas (¿deberíamos llamarlas barreras?, me pregunto). Por supuesto, estas rupturas mentales son bienvenidas porque brindan la oportunidad de que nazca algo nuevo y mejor. Pero los poderosos, los ricos y quienes tienen intereses creados en el statu quo están luchando duramente para evitar que esto suceda, como vemos muy claramente.

Los terremotos emocionales, quizás mejor considerarlos como maremotos o tsunamis, nos afectan a todos a medida que la colisión entre nuestros deseos materialistas colectivos no redimidos, una fuerza irresistible, choca con el objeto inamovible del mundo material que es incapaz de satisfacerlos. Y luego, por supuesto, están los terremotos masivos del plexo solar y los intensos traumas emocionales que están afectando directamente a las personas en las numerosas zonas de conflicto existentes. E indirectamente nos afectan a todos en todo el mundo mientras observamos impotentes el sufrimiento casi increíble de tantas personas.

Y luego, por supuesto, están los terremotos en el plano físico, donde los paisajes se fracturan y los edificios (a veces ciudades enteras) se destruyen. Lo que nos recuerda que generalmente son los edificios los que matan a la gente, no los terremotos.

A este respecto, es interesante observar el terremoto que azotó Christchurch, en la Isla Sur de Nueva Zelanda, en 2011. Este terremoto de magnitud 6,3 provocó el colapso de muchos edificios y, por supuesto, muchas personas murieron. Ahora bien, uno de los principales edificios que sufrió daños irreparables fue la Catedral Anglicana. Pero lo que debería captar nuestra atención es una iniciativa sorprendente que vio surgir un nuevo lugar de culto de entre los escombros en un tiempo notablemente corto. Se llama Catedral de Cartón y fue diseñada por el arquitecto japonés Shigeru Ban. Se inauguró en agosto de 2013, apenas dos años después del terremoto. Es conocido por su trabajo innovador con papel, en particular con tubos de cartón reciclado que utiliza para albergar de forma rápida y eficiente a las víctimas de desastres. Muchos de sus notables diseños son temporales estructuras prefabricadas o que incorporan materiales económicos y poco convencionales de forma innovadora.

Pero nos interesa especialmente la forma de la iglesia que diseñó. Espero que ahora puedan ver una imagen en sus pantallas. Como pueden ver, es una estructura triangular. Por supuesto, su base es un cuadrado (la mayoría de los edificios lo son), pero desde allí se eleva el símbolo del triángulo. Y dentro del triángulo general se encuentra la ventana oeste, que en sí misma es un tapiz de triángulos llenos de coloridos símbolos religiosos.

Para mí ésta es una imagen tan hermosa y fundamentada de lo que es humanamente posible, incluso en las circunstancias más difíciles. Y me parece que las meditaciones de triángulos en las que todos participamos todos los días están proporcionando la matriz energética para que la humanidad construya a partir de los escombros del orden mundial moribundo algo tan nuevo y tan práctico que será cada vez más deseado y cada vez más posible.

Y nuevamente, esto en cada plano. En el plano mental, por ejemplo, el triángulo es un hermoso símbolo del esfuerzo cooperativo que conecta hacia arriba con el alma. La separación ya no es una barrera, sino que se transmuta en una demostración de diversidad compartida. Cada parte única contribuye al caleidoscopio de belleza del todo. En el plano emocional quizás podamos ver el triángulo como el camino. Es ancho en el primer plano y se estrecha como un triángulo isósceles en una aspiración unidireccional hacia la dimensión búdica de la intuición. Los pares astrales de opuestos aparentemente irreconciliables que aparecen en primer plano, acaban por resolverse en la realidad unificada del amor-sabiduría.

De hecho, con la ayuda de nuestros triángulos en todo el mundo “no todos dormiremos, pero todos seremos transformados. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos”, como lo expresó el Mesías de Haendel.

Y como dice el famoso poema “Un sueño de prisioneros” de Christofer Fry:

Gracias a Dios, nuestro momento es ahora, cuando el mal
surge para enfrentarnos en todas partes,
y nunca nos deja hasta que demos
el paso más largo del alma que jamás hayamos dado.

Triángulos, en verdad, surgirán de los escombros, y el alma humana, como el ave fénix, resurgirá de las cenizas de nuestro desorden mundial actual.